

Cassidy Jones, la leyenda.

Vanessa MG



Image not found.

Capítulo 1

El sonido de un cristal al romperse la despertó. O al menos eso le pareció. Cassidy abrió los ojos y se incorporó de golpe. Permaneció en la cama en absoluto silencio, tratando de advertir cualquier sonido que viniera desde el piso inferior. Tras unos minutos en tensión sin volver a escuchar nada, se relajó. Tal vez se lo había imaginado. Desde que comenzó a esconderse, hacía ya cinco años, cualquier pequeño ruido la despertaba en mitad de la noche. Eran las consecuencias de vivir en una constante huida.

Se dio la vuelta en la cama y miró a Tony. Cuando dormía su rostro se transformaba completamente. Sus rasgos, duros y serios, se dulcificaban cuando Morfeo venía a visitarle cada noche. Se acercó a él para buscar su calor. Su contacto siempre la confortaba. Después de tanto tiempo durmiendo sola agradecía tener por fin alguien con quien compartir su cama, y su vida. Cerró los ojos para tratar de volver a dormirse mientras recordaba cómo se habían conocido hacía poco más de un año.

Ella había volado hasta Tailandia tratando de despistar a sus perseguidores. Sabía que no podía quedarse demasiado tiempo en el mismo sitio pero aquel país tenía algo que le encantaba. Por primera vez en mucho tiempo trató de relajarse y disfrutar del destino, aunque siempre llevaba su pistola encima.

La noche en que se conocieron, Cassidy había salido a pasear por Khao San Road, una calle pintoresca situada en el centro de Bangkok y conocida por ser el destino preferido de jóvenes y mochileros.

El ambiente en la calle era apabullante. Los carteles luminosos, los puestos ambulantes de comida, ropa y souvenirs estaban por todas partes y las terrazas de los bares y restaurantes estaban a rebosar. Después de pasear durante largo rato decidió sentarse en una terraza donde estaban tocando música de los ochenta en directo. Pidió una Singha y comenzó a observar con detenimiento a su alrededor. La mayoría de los presentes eran grupos de amigos o parejas jóvenes. Todos parecían despreocupados, felices, libres. Cassidy no pudo evitar sentir un poco de envidia.

De pronto, su mirada se cruzó con la de un hombre joven que se encontraba a unas pocas mesas de distancia. Él la miró fijamente y por un momento Cassidy se puso en alerta.

Entonces él le sonrió, levantó su cerveza en señal de saludo y ella volvió a relajarse. Incluso le devolvió la sonrisa. Era un chico bastante guapo. Él pareció interpretar su sonrisa como una invitación y se levantó para

acercarse y sentarse con ella.

Su instinto de supervivencia le gritaba con fuerza que se marchara, que estaba rompiendo las normas, pero, por una vez, Cassidy lo ignoró. Estaba cansada y a miles de kilómetros de cualquiera que quisiera su cabeza como premio. Además, hacía tiempo que no mantenía una charla agradable con nadie.

Tony se sentó a su lado, se presentó y le lanzó esa primera sonrisa radiante que la atrapó desde el primer momento. Pasaron horas hablando. La noche avanzaba sin que apenas se dieran cuenta y las jarras de cerveza caían una tras otra. Conectaron tan rápido que Cassidy no podía creerlo. Y sin saber muy bien cómo acabaron en la habitación de su hostel, donde pasaron el resto de la noche y gran parte del día siguiente.

Pensó que después de aquella maratón de sexo Tony se marcharía, pero no fue así. Al parecer no tenía fecha de regreso a casa y decidió quedarse con ella unos días más. Al final, los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Se enamoraron. Viajaron por toda Asia y durante bastante tiempo evitaron las preguntas sobre sus respectivos pasados.

A pesar de que la vida parecía sonreírles, Cassidy no podría olvidar el peligro que se cernía sobre ellos constantemente y, después de pensarlo mucho, decidió que debía acabar con aquella relación. Jamás se lo perdonaría si algo le llegara a ocurrir a Tony por su culpa.

Además, él era su debilidad. Su talón de Aquiles. Y si por algo se caracterizaba Cassidy Jones, era por no tener ninguno. No podía seguir siendo egoísta, por mucho que quisiera seguir arrancándole a la vida más momentos de felicidad.

Pero Tony no estaba dispuesto a renunciar a ella. Cuando le pidió una explicación ella tan solo pudo decirle que había gente peligrosa tras sus pasos, pero a él no le importó. Incluso conocer el peligro que Cassidy corría le hizo aferrarse más a ella. Se negó rotundamente a marcharse y ella no tuvo valor para huir, no de él. Permitted que siguieran juntos a cambio de que él aprendiera a manejar un arma y algunas técnicas básicas sobre defensa personal. Tony accedió sin dudarle. Aprendió tan rápido que parecía que hubiese estado haciéndolo toda la vida.

Desde entonces había pasado un año y aún seguían juntos. Hacía un par de meses desde que se habían instalado en aquella casa, en el sur de Nueva Zelanda, y aunque había superado con creces el tiempo máximo que debían permitirse estar en un mismo sitio, aquel lugar era tan maravilloso que siempre posponían el momento de marcharse. Comenzaba a sentirse segura, demasiado lejos de todo para que nadie

podiera encontrarla allí. Demasiado feliz para volver a salir corriendo.

Se abrazó un poco más a Tony y trató de volver a conciliar el sueño, esta vez con una sonrisa en los labios. Entonces lo oyó. Otro ruido, esta vez más fuerte. Tony abrió los ojos, él también lo había oído.

Ambos se pusieron de pie de un salto y sacaron las armas que tenían guardadas en sus mesillas de noche. Se miraron por un momento y asintieron en silencio. Tenían un plan de ataque y huida preparado desde hacía tiempo y estaban bien sincronizados.

Se escucharon pasos al otro lado de la puerta. Ambos aguardaban pegados a la pared, uno a cada lado de la puerta. Cuando esta se abrió lentamente un hombre corpulento y vestido de negro entró en la habitación. Apuntaba con una pistola hacia la cama y tardó unos breves segundos en darse cuenta de que estaba vacía. Unos segundos letales. Tony apuntó a la cabeza de aquel hombre y apretó el gatillo con una frialdad que dejó pasmada a Cassidy. Pero no tenía tiempo para pensar en eso.

El hombre se desplomó con un gran estruendo y una maldición se escuchó en el piso de abajo. Alguien comenzó a subir las escaleras rápidamente.

Tony cogió un macuto que estaba en el armario mientras Cassidy se dirigía hacia la ventana. La abrió y le hizo un gesto a Tony para que saliera él primero.

—Cassidy, ya hemos hablado esto. No pierdas el tiempo haciéndote la heroína.

Ella resopló y comenzó a descender por la enredadera. Unos momentos después Tony seguía sus pasos. Un todoterreno estaba aparcado bajo la ventana, que daba al jardín trasero.

Cassidy cogió las llaves escondidas bajo una maceta, buscó con la mirada a Tony, que ya había llegado abajo, y ambos se subieron al coche rápidamente.

Un disparo impactó en la luna trasera justo cuando el motor del coche se ponía en marcha.

—¡Acelera! —gritó Tony.

Las ruedas rechinaron sobre la tierra y el coche salió disparado hacia el pequeño bosque que rodeaba la parte trasera de la casa. Había un pequeño camino de tierra que desembocaba más adelante en la carretera

principal, lo que con un poco de suerte les daría algo de tiempo.

Ambos respiraban acelerados, concentrados en el camino que tenían por delante.

Tenían una gran ventaja sobre sus perseguidores, ya que ellos no conocían aquel lugar. Al menos eso esperaban. El entramado de caminos existentes en los alrededores, especialmente entre los árboles, les permitirían una buena huida, debían confiar en ello.

Tras varios kilómetros abandonaron la seguridad del bosque para incorporarse a la carretera principal. Debían hacerlo para cruzar al otro lado y continuar su camino por el bosque hasta su refugio.

Una vez que comprobaron que no había ningún coche cerca continuaron su ruta. Tras lo que les pareció una eternidad el camino comenzó a hacerse más estrecho y el bosque que los rodeaba se espesó cada vez más. No podían continuar mucho más así que buscaron un recodo en el que dejar el coche para seguir a pie. Cubrieron el vehículo con una lona con estampado de camuflaje, cogieron sus linternas y caminaron entre los árboles durante un par de kilómetros.

Al fin, una pequeña caseta de madera camuflada entre los árboles apareció ante ellos. En medio de aquella negrura, habría sido difícil de encontrar sino fuera porque conocían bien el camino.

Una vez en el interior respiraron aliviados. La caseta era pequeña, de unos treinta metros, pero tenía lo necesario para sobrevivir allí durante un tiempo. Una despensa llena de conservas, un hornillo de gas, un sofá cama y un pequeño baño. Se sentaron en el sofá y trataron de serenarse.

—¡Sabía que llegaría este día! ¿Cómo... cómo me han encontrado? ¿Qué vamos a hacer ahora? —Cassidy resolló histérica.

Tony la abrazó e intentó tranquilizarla pero no dijo nada. Él estaba pensando lo mismo.

Cuando se hubo recuperado Cassidy se sintió avergonzada. Ella. Perdiendo los nervios como una novata. No se reconocía. En otros tiempos no habría dejado vivo a ninguno de esos capullos, pero desde que estaba con Tony las cosas habían cambiado. Antes no tenía nada que perder, no tenía miedo. Ahora le aterrorizaba que pudieran hacerle daño. Ese era el precio que había pagado por enamorarse. Hasta entonces no le había importado. Hasta que realmente había visto el peligro sobre ellos.

Pasaron un buen rato en silencio. Ahora que la adrenalina de la huida había pasado, las fuerzas parecían abandonarles. Cassidy se recostó en el sofá y apoyó la cabeza entre las manos. Tony se quedó vigilando. No

habría podido relajarse aunque quisiera. Había algo rondando su cabeza desde hacía bastante rato.

—Cass, nos hemos dejado el macuto en el coche —dijo en voz baja—. Vuelvo enseguida.

Cassidy le miró con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada. Una parte de ella quería decirle que no, que se quedara allí con ella, a salvo. Pero sabía que no podía impedirselo y lo último que quería en ese momento era una discusión.

—Está bien, pero ten cuidado.

Tony caminó en silencio por el bosque, atento a cualquier ruido sospechoso, pero todo parecía estar en orden. Cuando llegó al coche, se paró frente a él y lo contempló con detenimiento mientras un pensamiento comenzaba a inquietarle.

—Esos bastardos no pueden ser tan estúpidos —murmuró para sí mismo—. ¿Qué se me está escapando?

Con un mal presentimiento comenzó a examinar el exterior del coche minuciosamente. No obstante, tras unos minutos sin encontrar nada se detuvo, frustrado.

De pronto una idea cruzó su mente. Se acostó en el suelo y se arrastró hasta meterse debajo del coche mirando hacia arriba. Entonces lo vio. Un pequeño aparato rectangular con un pilotito rojo que no dejaba de parpadear.

—¡Mierda! —masculló. Trató de arrancarlo con todas sus fuerzas pero no fue capaz.

Salió de debajo del coche y comenzó a maldecir una y otra vez. Se dio la vuelta para emprender el camino de vuelta a la cabaña cuando le pareció escuchar voces en la lejanía.

Tony aligeró el paso. Aún sonaban lejos pero necesitaba algo de tiempo antes de que llegaran.

Cuando llegó a la cabaña Cassidy dormitaba en el sofá. Cerró de un portazo y ella se incorporó sobresaltada.

—Dame tu pistola.

—¿Para qué quie...?

—¡Dámela! Cassidy obedeció casi sin pensar. Tony nunca solía alterarse tanto. La sacó de su funda y se la tendió.

—¿Qué ocurre?

—Nos han encontrado —respondió mientras descargaba la pistola y la tiraba a un rincón—. El coche tenía un localizador.

—¿Qué? —Cassidy se puso en pie de un salto— ¡Tenemos que marcharnos!

—No vamos a ir a ninguna parte.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Te has vuelto loco?

—No tenemos tiempo para huir. Nos atraparían. Les he oído y son demasiados.

El corazón de Cassidy latía a mil por hora. En cambio, el joven parecía extrañamente tranquilo.

Tony se acercó a la puerta, giró la llave que se encontraba en la cerradura y se la guardó en el bolsillo.

—¿Y crees que cerrar la puerta con llave impedirá que entren aquí?

—No. Pero sí evitará que tú puedas salir.

Tony sonrió levemente, con una expresión extraña que hizo que a Cassidy se le helara la sangre.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Tony comenzó a caminar lentamente por la cabaña, de un lado a otro, pensativo, como si tuviera un gran dilema en mente que tratara de resolver.

—Esto no podía durar para siempre. ¿Lo sabías, no? Tarde o temprano iban a encontrarnos y no puedo permitir que esos tipejos de tres al cuarto se lleven la recompensa por la que tanto tiempo llevo esperando.

—¿Qué...? ¿Qué cojones estás diciendo, Tony? No... ¡No te creo! Tú...

—¡Cállate y déjame hablar!, ¿quieres? Cassidy estaba en estado de shock.

—Si alguien va a ganar una pasta por volarte esa preciosa cabecita, ese

debería ser yo, ¿no crees?

Tony se giró hacia ella y le apuntó con la pistola.

—Supongo que debí matarte la noche que te encontré en aquel bar, pero, ¡joder!, me dabas un morbo tremendo. Me sentía como un león jugueteando con su presa antes de devorarla.

»Debo reconocer que he disfrutado mucho del entretenimiento pero... parece que unos buitres han olido mi trofeo y quieren arrebatármelo. Así que es hora de que esto termine.

Cassidy no podía creer lo que oía. Se sentía tan estúpida, tan impotente y a la vez tan dolida y traicionada que le costaba respirar. Había vivido el último año en una mentira. Una mentira despiadada y cruel que ahora iba a costarle la vida. Nunca debió confiar en él. Si hubiera seguido su protocolo de seguridad, si se hubiera alejado de él en el primer momento, nada de aquello estaría ocurriendo.

—¿Quieres decir que todo este tiempo me has estado mintiendo? ¿Si querías matarme porque no lo has hecho hasta ahora? ¡Has tenido miles de oportunidades, pedazo de cabrón! ¡Podrías haberme degollado tranquilamente mientras dormía! ¡Podría haberme ahorrado todo esto!

—Sí, supongo que tienes razón. Pero debo reconocer que disfrutaba de tu compañía. Tan salvaje, tan peligrosa, tan sexy. Antes de encontrarte pasé meses siguiéndote la pista. No fue fácil dar contigo. Una vez que lo hice quise descubrir por qué Cassidy Jones era tan buscada. Sigo sin saber qué hiciste en Colombia, pero alguien está bastante cabreado contigo y dispuesto a pagar una fortuna porque dejes de respirar.

»Desgraciadamente, cuando te enamoraste de mí, comenzaste a perder tu peligrosidad. Ese toque que tanto me atraía de ti. Te volviste blanda. Asustadiza. Te volviste débil –puso cara de asco–. Mírate ahora. Desarmada por propia voluntad e incapaz de hacerle frente a tu asesino. La Cassidy que conocí se las habría ingeniado para volarme los sesos hace bastante rato. Nunca me habría dado su arma y se habría dado cuenta de que el macuto no estaba en el coche, sino aquí. Pero estás tan loquita por mí que nunca has cuestionado nada de lo que te he dicho.

Se escucharon ruidos procedentes del exterior.

—Vaya, parece que nos queda poco tiempo. ¿Unas últimas palabras, mi amor?

—Eres un hijo de puta.

Tony se carcajeó.

—¿Algo que no sepa, mi leoncita?

—No vuelvas a llamarme así.

—¿Por qué? Si antes te encantaba. Grúñele a tu amorcito por última vez.

Cassidy le escupió en la cara.

—Eso no ha estado bien, preciosa –dijo mientras se limpiaba el rostro con la mano–.

Pero dadas las circunstancias, creo que estamos en paz.

Se escucharon golpes en la puerta. Tony quitó el seguro de la pistola y apuntó directamente a la cabeza de la persona con la que había compartido su vida en el último año.

—No me mires así, cielo. Me gustas, pero me gusta mucho más el millón de dólares que voy a cobrar cuando te entregue.

—Estás loco si piensas que van a dejar que te quedes con el dinero. Te matarán y le echarán tu cadáver a los perros para que se peguen un festín con tus tripas.

—Una imagen encantadora, cariño. Siempre tuviste una imaginación algo turbulenta.

Más golpes en la puerta.

—Despídete de tu amorcito. ¡Vete al infierno!

—Las damas primero, nena.

Cassidy le observó fijamente con una mirada feroz. No iba a permitirle que viera en ella el dolor, la rabia y la decepción que la invadían.

«Al menos ya no tendré que volver a huir» -pensó.

Se escuchó un gran estruendo y los goznes saltaron en pedazos. Tony apuntó hacia la puerta y Cassidy aprovechó ese momento de distracción para rodar hacia un rincón y sacar un cuchillo que llevaba escondido en la bota.

En cuanto la vio, Tony abrió los ojos sorprendido y volvió a apuntar hacia ella. Cassidy lanzó el cuchillo al mismo tiempo que Tony apretaba el gatillo

repetidas veces.

Tras unos instantes que se hicieron interminables, el cuerpo de Cassidy se desplomó y cayó sin vida contra el suelo.

El cuchillo se había clavado en el hombro de Tony arrancándole un aullido de dolor, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Respiró hondo, se lo arrancó sin titubear y lo lanzó hacia un rincón con rabia.

La puerta se abrió de golpe y cinco hombres vestidos de negro entraron en la cabaña y apuntaron a Tony con sus armas.

—Vaya, vaya, Canelo. Volvemos a encontrarnos –dijo el que parecía estar al mando.

—Montoya, qué agradable sorpresa. ¿Me habías extrañado?

—No demasiado, pero reconozco que me alegro de ver que nos has facilitado el trabajo. Esa zorra escurridiza lleva años escapándose de mis garras.

—Bueno, siento decirte que la presa es mía. Ya conoces las normas.

—Yo no sigo normas de nadie, Canelo.

Tony comenzó a cabrearse y apuntó a Montoya con su arma.

—No juegues conmigo, Montoya. Llevo mucho tiempo detrás de este trabajo.

—Baja ese arma si no quieres que te vuele la cabeza.

Tony permaneció inmóvil mirando fijamente a Montoya, pero tras unos segundos de tensión, bajó la pistola.

—Así me gusta –Montoya sonrió ampliamente–. Así que llevabas tiempo detrás de este trabajo, ¿verdad? Seguro que también has estado delante, encima y hasta debajo, ¿eh? Tenía pinta de ser una buena fiera.

Sus hombres se carcajearon y Tony apretó los puños.

—Tú las has disfrutado a tu manera. Ahora nosotros la disfrutaremos a la nuestra. Con su recompensa.

Montoya dio órdenes a sus hombres y estos comenzaron a moverse. Uno sujetó a Tony por detrás mientras otro le arrebatava el arma.

Entre los otros dos cargaron el cuerpo de Cassidy y lo sacaron al exterior.

—¡Malnacido! ¡Esto no va a quedar así! —Tony estaba fuera de sí.

—Ha sido un placer volver a verte, Canelo. Una pena que vaya ser la última.

Montoya hizo un gesto a uno de sus hombres y abandonó la cabaña.

A los pocos segundos se oyó un disparo.

Los sicarios abandonaron la cabaña y se dirigieron de vuelta hacia sus coches, cargando el cuerpo sin vida de Cassidy Jones, la leyenda, con ellos.

En el interior de la cabaña, Tony se desangraba en el suelo a una velocidad alarmante.

Sentía como la vida se le escapaba y reunió las pocas fuerzas que le quedaban para exhalar en un susurro un último pensamiento que comenzaba a nublarse por un remordimiento inesperado:

—Cassidy...